

## “Femeninas”. Un nuevo cuento rescatado de doña Emilia.

M<sup>a</sup> del Mar Novo Díaz

(UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA)

Entre el 25 y el 27 de noviembre de 2008 se celebró en Lugo el Congreso Internacional Literatura hispánica y prensa periódica (1875-1931). En él presenté la comunicación “¿Cómo se conoció a doña Emilia Pardo Bazán a través de *Nuevo Mundo* (1895-1928)?”<sup>1</sup>. Entre la variada documentación hallada en el vaciado de *Nuevo Mundo* y su suplemento, *Por esos Mundos*, destaca la aparición del texto de cuyo rescate nos vamos a ocupar aquí y presentaremos en el apéndice de este trabajo.

“Femeninas” aparece recogido en *Nuevo Mundo* de Madrid, el 1 de enero de 1915, en la página 30<sup>2</sup>. No son muchos los cuentos pardobazanianos publicados en dicha revista, su número se reduce a dos más: “La Soledad” (Paredes 1990: III, 266-269; Villanueva y González Herrán 2005: X, 667-671) aparece recogido en *Cuentos de la tierra* (1922) y, “El viejo de las limas” (Paredes 1990: III, 489-491).

La revista *Nuevo Mundo* de Madrid, de periodicidad semanal, fue fundada por don José del Perojo y Figueras, periodista español (Cuba 1850- Madrid 1908), fundador de la *Revista Contemporánea* y colaborador de *La Ilustración Española y Americana*. En 1900 patrocina la aparición de *Por esos Mundos* suplemento de *Nuevo Mundo*. El contenido de la revista es ameno, con fotografías y relatos, constituye un ejemplo de las revistas de viajes. Su tono es liberal y europeísta. No se podía esperar menos de Perojo, quien en 1883 traduce la *Crítica de la Razón Pura*, de Kant.

Manuel Martínez Arnaldos (1999), en “Estrategia de titulación de los cuentos de E. Pardo Bazán” establece una tipología de los cuentos a partir de su título idénticos, semejantes, sinónimos, variantes en torno a un mismo

<sup>1</sup> Dicho trabajo está pendiente de publicación en *Actas*.

<sup>2</sup> Como observará el lector de este número de *La Tribuna*, Mercedes Caballer Donzarza ha localizado este mismo relato, y de ello dio primicia en el recientemente celebrado I Congreso Internacional Emilia Pardo Bazán en *Las Novedades* de Nueva York. La fecha de aparición, 8 de abril de 1915, es, sin embargo, posterior a la aparición en Madrid de que aquí me ocupo.

término o palabra clave y reiteración de la calificación genérica. Según esta tipología “Femeninas” entraría en el grupo de semejantes dado que lo podemos relacionar con el cuento “Feminista”, recogido en *Sud-Exprés* en 1909.

En este cuento doña Emilia nos presenta la historia de una monja, Sor Trinidad, que en el mundo se llamó Carolina Vélez Puerto. Varios amigos que están de excursión la van a visitar. Con ellos va su antiguo novio, Gil Grases. Todos creen que ha sido ella la que decidió no casarse y recibir los hábitos, pero descubren que no es así: él decidió no casarse y para evitar la deshonra de Carolina hace correr la voz de que ha sido ella quien lo ha dejado a él. No es la primera vez que doña Emilia nos presenta la historia de una monja y los motivos de serlo; en “La Sor” (*Pluma y Lápiz*, núm. 33, 1901; *Álbum Salón*, 1905; *Lecciones de Literatura*, 1906), (Paredes 1990: III, 59-60; Villanueva y González Herrán 2005: IX, 695-697), se narra la historia de un amor imposible; el de Antonio por Sor Marcela; al no poder ser se casa con la hermana: Clara, que detecta este amor y no duda en decirle a Marcela que van a tardar en volver. Pertenecen a mundos diferentes; ellos son del mundo y Marcela es de Dios. Un cuento también relacionado con el tema de “Feminista” es “Sor Aparición” (*Cuentos de Amor*, 1898), (Paredes 1990: I, 295-298; Villanueva y González Herrán 2005: VIII, 475-480). En ambos el amor lleva a las dos monjas a su ingreso en un convento pero el protagonista masculino de “Sor Aparición”, Camargo hace de ella una desgraciada sin honra al que la única opción que le queda es meterse monja. Gil Grases se preocupa de que Carolina no pierda la honra para poder casarse con otro si lo desea.

Estamos por tanto ante un cuento cuya protagonista es una monja, hecho recurrente como hemos visto en algunos cuentos de Pardo Bazán, aunque aquí el tratamiento sea distinto como podrá comprobarlo el lector. A continuación reproducimos —con la corrección de muy leves erratas y adaptación de la grafía— acompañado de la imagen de la revista del texto aparecido en *Nuevo Mundo* acompañado del mismo escaneado de la revista.

## Femeninas

Una vez que el itinerario nos ha traído hasta aquí –dije a mis compañeros de excursión– ¿por qué no hacemos una visita a sor Trinidad, que se llamó en el mundo Carolina Vélez Puerto?

–¡Ah! ¿Pero está aquí Carolina? –interrogó Gil Grases, el más animado y bromista de los que figurábamos en la excursión–. Creí notar en su voz entonaciones de sobresalto, y comprendí que había cometido un desacierto. Gil Grases era una criatura adorable, simpático hasta lo sumo, sin otro defecto que carecer por completo de sentido común.

Cuando se supo la nueva de la vocación de Carolina, se atribuyó al modo de ser de la calamidad de Gil Grases, al convencimiento de lo infeliz que sería con él, por lo cual, y prefiriendo vida más sosegada, había puesto ante su amor sus votos de religiosa.

El convento se encontraba sobre la villita y producía una impresionante sensación de soledad y paz profunda. Era una mole cuadrada, con muy escasos huecos, defendidos por celosías espesas, negras, como sombríos ojos en un rostro pálido.

Llamamos al torno del monasterio. Antes de que la hermana tornera abriese, echamos de menos a Gil.

–Puede que siga enamorado de la monja y no quiera verla –susurramos–. Parece que sintió muchísimo que Carolina profesara.

La tornera, después de un «Ave María Purísima nasal, nos dijo: «Las madres están en el coro, pero ya se acaba el rezo. Ahora mismo saldrá sor Trinitaria con la madre abadesa».

Al poco, volvimos a escuchar el gangueado «Ave María», y la cortina se descorrió. Entrevimos detrás, en la penumbra, dos figuras muy veladas. Y al preguntar: «¿Tenemos el gusto de hablar con la madre abadesa?»–el bulto más grueso dijo al otro:

–Puede alzarse el velo, sor Trina, si estos señores como parece, son amigos suyos.

Acostumbrados a la oscuridad, vimos entonces el rostro de Carolina, más interesante, encuadrado por los frunces del lienzo...

–Carolina, ¡qué gusto! ¡La casualidad de poder verte! –exclamó Celina con aturdimiento.

–Me llamo ahora sor Trinidad de San Antonio –contestó ella apagando el relámpago meridional de sus pupilas.

–Sí, sí... ¡Perdona!..

–No –dijo la abadesa, dueña reposada como un vaso de leche con nata– si eso no tienen nada de particular. Ustedes la llaman como se llamó en el siglo en que ustedes la trataban... Sor Trina, yo voy un momento allá dentro.

–Sí, muy feliz –contestó sor Trina a una pregunta de Celina–. Vivo con Dios: ¿qué mejor compañero? Soy digna de tanto bien, y todas las mañanas doy gracias a mi abogado San Antonio.

–Yo creí que San Antonio era abogado de los que quieren casarse –dijo siempre irreflexiva la curiosa.

–Y también de los que han elegido el mejor matrimonio –hubo de contestar la clarisa.

–¡Ay, hija! –comentó la incorregible –¡digo lo mismo que tú! ¡Mira que si llegas a casarte con esa bala perdida de Gil! ¿No sabes que viene con nosotros? En la iglesia se ha quedado...

Fue como un rayo. La monja, retrocediendo, dejó caer el velo sobre su faz, y, sin despedirse, desapareció como una visión de la reja. Caímos sobre Celina todos, tratándola de cabeza de chorlito. La abadesa se presentó cuando estábamos acalorados en la disputa.

–Sor Trina me encarga que la despida de ustedes. Se encuentra un poco indispuesta.

Dimos mil gracias y una pequeña limosna para el convento, y nos retiramos, preocupados por el desagradable final de la visita. En el atrio, acosamos a Celina; verdad que no solíamos hacer otra cosa durante la excursión.

–¡Tonta, loca, imprudente..!

Por supuesto, en cuanto se nos unió, saliendo de la iglesia, el bueno de Gil, nos faltó tiempo para soplárselo.

–¡Esta, que, ya se sabe, siempre ha de meter la patita..!

Los ojos de Gil se clavaron en las rejas. Luego, volviéndose hacia nosotros, murmuró:

–¿Conque decís que está contenta?

–¡Vaya! ¿Qué te creías, fatuo?

–Entonces –suspiró –veo que hice muy bien...

–¿Que hiciste bien? Sería ella, en todo caso.

–No, yo, hijos, yo... Permitidme que me gloríe de una de las pocas cosas buenas que habré realizado en mi vida. Decís que no tengo sentido común, pero esta vez lo tuve, y en gordo. A todas sus instancias, contesté con energía: «No puede ser; si nos casásemos, sería la desgracia más horrorosa, nena... Yo no soy un hombre con quien pueda casarse nadie, nadie, y menos una mujer que tenga ilusiones...»

–¿De modo que fuiste tú quien no quiso?

Gil nos miró, sonrió, no sin dejos de tristeza, y repuso con acento de sinceridad inconfundible:

–Naturalmente. Era mi deber. Y cuidado que estaba chaladito. Pero, ella, aún más; la prueba es que se pasó un año pidiéndome que nos casásemos, fuese como fuese, aunque ella hubiese de pedir limosna... Y repetía: «Contigo, al abismo, si es necesario...»

–Pues contaban –protestamos– que era ella la que...

–Sí, yo hice correr esa voz... por si antes de pronunciar sus votos encontraba otro novio bueno... Y, rabiando, me alegraría, os lo juro... Poco antes de profesar, ella se las arregló para preguntarme aún si había variado de opinión...

Y como nos viese sorprendidos, añadió con mansa ironía:

–Se me figura que no conocéis demasiado el corazón de la mujer...

La Condesa de Pardo Bazán.  
*Nuevo Mundo*.1 de enero de 1915. Página 30.

## BIBLIOGRAFÍA

- Martínez Arnaldos, Manuel (1999): "Estrategia de titulación en los cuentos de E. Pardo Bazán", en P. L. Ladrón de Guevara *et alii* (eds.): *Homenaje al Profesor Trigueros Cano*, Murcia, Universidad, Servicio de Publicaciones, vol. II, pp. 439-457.

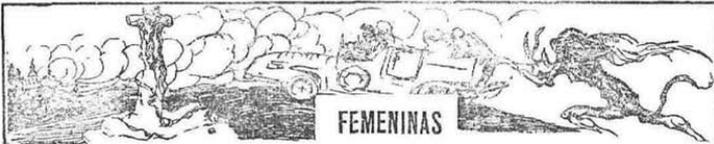
- Novo Díaz, M<sup>a</sup> del Mar "¿Cómo se conoció a doña Emilia Pardo Bazán a través de *Nuevo Mundo* (1895-1928)?" en Congreso Internacional *Literatura hispánica y prensa periódica (1875-1931)*, Lugo 25, 26 y 27 de noviembre de 2008. En prensa.

- Pardo Bazán, Emilia (1898): *Cuentos de Amor, Obras Completas*, Tomo XVI, Madrid, Vicente Prieto.

\_\_\_\_\_, (1922): *Cuentos de la tierra, Obras Completas*, Tomo XLIII, Madrid, Ediciones Atlántida.

- Paredes Núñez, Juan, ed., (1990.): *Emilia Pardo Bazán, Cuentos Completos*, 4 vols., La Coruña, Pedro Barrié de la Maza. Vol. I, pp. 295-298, Vol. III, pp. 59- 60, 266-269 y 489-491.

- Villanueva Darío y González Herrán, José Manuel, eds., (2005): *Emilia Pardo Bazán. Obras Completas*, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, Vol. VIII, pp. 475-480, Vol. IX pp. 695-697, Vol. X, pp. 667-671.



## FEMENINAS



NA vez que el itinerario nos ha traído hasta aquí—dije a mis compañeros de excursión—¿por qué no hacemos una visita á sor Trinidad, que se llamó en el mundo Carolina Vélaz Puerto?

—¡Ah! ¿Pero está aquí Carolina?—interrogó Gil Grases, el más animado y bromista de los que figurábamos en la excursión—. Creí notar en su voz entonaciones de sobresalto, y comprendí que había cometido un descuido. Gil Grases era una criatura adorable, simpático hasta lo sumo, sin otro defecto que carecer por completo de sentido común.

Cuando se supo la nueva de la vocación de Carolina, se atribuyó al modo de ser de la calamidad de Gil Grases, al conveniéndome de lo infeliz que sería con él, por lo cual, y prefiriendo vida más sosegada, había puesto ante su amor sus votos de religiosa.

El convento se encontraba sobre la villita y producía una impresionante sensación de soledad y paz profunda. Era una mole cuadrada, con muy escasos huecos, defendidos por celosías espesas, negras, como sombríos ojos en un rostro pálido.

Llamamos al torno del monasterio. Antes de que la hermosa tornera abriese, echamos de menos á Gil.

—Puede que siga enarmando de la monja y no quiera verla—susurrarnos—. Parece que sintió muchísimo que Carolina profesara.

La tornera, después de un «Ave María Purísima» nasal, nos dijo: «Las madres están en el coro, pero ya se acaba el rezo. Ahora mismo saldrá sor Trinitaria con la madre abadesa».

A poco, volvimos á escuchar el gorgueo «Ave María», y la cortina se descorrió. Entrémos de atrás en la penumbra, dos figuras muy veladas. Y al preguntar: «Tenemos el gusto de hablar con la madre abadesa?»—el bulto más grueso dijo al otro: —Puedo alzarse el velo, sor Trina, si estos señores, como parece, son amigos suyos.

Acostumbrados á la oscuridad, vimos entonces el rostro de Carolina, más interesante, encuadrado por los frunces del lienzo...

—Carolina, ¿qué gusto! La casualidad de poder verte—exclamó Celina con aturdimiento.

—Me llamo ahora sor Trinidad de San Antonio—contestó ella apagando el relámpago meridional de sus pupilas.

—Sí, sí... ¡Perdonat...

—No—dijo la abadesa, duña reposada como un vaso de leche con nata—si eso no tiene nada de particular. Ustedes la llaman como se llamó en el siglo en que ustedes la trataban... Sor Trina, yo voy un momento allá dentro.

—Sí, muy feliz—contestó sor Trina á una pregunta de Celina—. Vivo con Dios: ¡qué mejor compañero! Soy indigna de tanto bien, y todas las mañanas doy gracias á mi abogado San Antonio.

—Yo creí que San Antonio era abogado de los que quieren casarse—dijo siempre irreflexiva la curiosa.

—Y también de los que han oleado el mejor matrimonio—hubo de contestar la curiosa.

—¡Ay, hijal!—comentó la incorrecible—¡digo lo mismo que tú! Mira que si llegas á casarte con esa bala perdida de Gil! ¡No sabes que viene con nosotros? En la iglesia se ha quedado...

Fué como un rayo. La monja, retrocediendo, dejó caer el velo sobre su faz, y, sin despedirse, desapareció como una visión de la reina. Calmo sobre Celina todos, tratándola de cabeza do chorlito. La abadesa se presentó cuando estábamos acalorados en la disputa.

—Sor Trina me encarga que la despida de ustedes. Se encuentra un poco indispueta.

Dimos mil gracias y una pequeña limosna para el convento, y nos retiramos, preocupados por el desagradable final de la visita. En el atrio, acercamos á Celina; verdad que no solíamos hacer otra cosa durante la excursión.

—¡Tonta, loca, imprudenta...!

Por supuesto, en cuanto se nos unió, saliendo de la iglesia, el bueno de Gil, nos faltó tiempo para soplárselo.

—¡Esta, que, ya se sabe, siempre ha de meter la patita...!

Los ojos de Gil se elevaron en las rejas. Luego, volviéndose hacia nosotros, murmuró:

—¿Conque decía que está contenta?

—¡Vaya! ¿Qué te creías, fátuo?

—Entonces—suspiró—veo que hice muy bien...

—¿Qué hiciste bien? Sería ella, en todo caso...

—No, yo, hijos, yo... Permittedme que me glorie de una de las pocas cosas buenas que habré realizado en mi vida. Decís que no tengo sentido común, pero esta vez lo tuve, y en gordo. A todas sus instancias, contesté con energía: «No puede ser; si nos casásemos, sería la desgracia más horrible», nada... Yo no soy un hombre con quien pueda casarse nadie, nadie, y menos una mujer que tenga ilusiones...

—¿De modo que fuiste tú quien no quiso?

Gil nos miró, sonrió, no sin dejos de tristeza, y repuso con acento de sinceridad inconfundible:

—Naturalmente. Era mi deber. Y cuidado que estaba chaladito. Pero, ella, aún más; la prueba es que se pasó un año pidiéndome que nos casásemos, fuese como fuese, aunque ella hubiese de pedir limosna... Y repetía: «Contigo, al abismo, si es necesario»...

—Pues contaban—protestamos—que era ella la que...

—Sí, yo hice correr esa voz... por si antes de pronunciar sus votos encontraba otro novio bueno... Y, ratiando, me alegraría, es lo juro... Poco antes de profesar, ella se las arregló para preguntarme aún si había variado de opinión...

Y como nos viese sorprendidos, añadió con mansa ironía:

—Se me figura que no conocéis demasiado el corazón de la mujer...

La Condesa de Pardo Bazán